

ingrata, envidiosa, avara, descreída, llena de vanidad y soberbia! ¡Qué severamente la juzgarán las por venir! Usar los nombres de Hércules, Octavios y Alejandro, bien puede permitirse á los Colomas y Farneses; pero, quien ambicione honrarse con timbres ilustres, comience por hacerse digno de ostentarlos.»

A mi *Historia* estaban suscritos muchos caballeros de la Orden; pero no deben haberla leído, ó debieron cansarse antes de llegar á las últimas páginas.

Creo que se está en el caso de trasladar á la persona más autorizada de la Orden el oficio del Inspector de Antigüedades de las provincias de León y Palencia, que original se ha servido remitirnos la Real Academia de San Fernando; y encargarle lo bien que parecerá que la Orden tome eficazmente mano en un asunto que tan de cerca le atañe, y haga que se depositen en la Catedral de Burgos así el sarcófago como los restos del peregrino organizador de aquella milicia de frontera, tan benéfica á la libertad de España. La Iglesia de Burgos no podrá menos de recibir con gratitud tan precioso depósito; y los caballeros de Calatrava darán una prueba insigne de piedad y de cordura ocupándose, ya que no en debelar á los enemigos de España, pues por lo visto no los tiene, en mirar por su buen nombre y por la conservación de sus glorias envidiables. La Academia resolverá.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA.

Madrid, 12 de Abril de 1878.

VII

CRÓNICA DE LOS REYES FRANCOS
POR GOTMARO II, OBISPO DE GERONA

De parcial se inculpa, y no sin algún fundamento, la historia escrita por los interesados, que es raro inquirir y acertar verdaderamente con la puntual expresión de los hechos, cuando el

escritor se siente movido por el estímulo de la pasión, cuyo efecto natural es colocarle una manera de velo delante de los ojos. Ni los amigos ni los adversarios fueron jamás á propósito para juzgar los acontecimientos históricos, pudiéndose colegir en lo común que, aun alentados á la continua por propósitos laudables, han de preferir é inclinarse con suma facilidad á recibir por buenas especies y explicaciones, no desconformes con sus afectos. Achaque de escasa trascendencia, si toda narración historial fuese espejo de la rectitud de un ánimo guiado por incontrastable amor á la averiguación de la verdad, al bien y progreso del humano linaje, á vueltas de generoso y sincero patriotismo; pero enfermedad gravísima y perniciosa, desde que el espíritu de bandería altera y trueca á su antojo el sentido genuino de los hechos pasados. Y ello es, que, sin necesidad de que se muestre disposición á buscar intencionalmente partido ni opinión preconcebida, hay intereses de familia, de tradición, de provincia y de nacionalidad, preocupaciones de educación, de cultura, y hasta de época histórica, que influyen secretamente en el corazón de los hombres, decidiendo, por parte del historiador, simpatías más ó menos manifiestas hacia determinadas explicaciones. De aquí procede el que los mismos hechos historiados por hombres distintos, bajo el influjo de circunstancias varias ó muy diversas, aparezcan desautorizados por evidentes contradicciones, incompatibles con el recto sendero de la verdad histórica. Mas, á vueltas de diversidad semejante, la crítica, que desconfía de todas las exageraciones, ha reconocido y descubierto con frecuencia, entre las escorias de la preocupación, el oro de enseñanzas purísimas que no se columbrarian, por cierto, en los informes y datos suministrados por un solo partido.

Tal es la importancia que resulta de conferir, en el estado actual de nuestra cultura, las relaciones de cristianos y musulimes, para trazar el texto legítimo y ordenado de nuestra historia nacional, durante la Edad Media. Acometido este trabajo, las más veces parcialmente en los siglos xvi y xvii, faltó, por otra parte, á sus iniciadores, el importante pertrecho de erudición oriental que hoy facilitan y ponen al alcance de todos, á lo menos en lo general, importantes textos y trabajos de historiografía ará-

higa ya publicados, con otros muchos, que parecen destinados á ver la luz, á esfuerzos de entusiastas investigadores nacionales y extranjeros.

Recrécese y muestra de resalto la ventaja de esta situación, al considerar la incomparable riqueza de enseñanzas, documentos é informes de subido precio, que avaloran las memorias árabes sobre la Península Ibérica, señaladamente en lo que toca á los tiempos que precedieron de cerca y sucedieron á la invasión, con la insuficiencia y escasez de las nuestras, en particular, si se advierte que muchas de aquéllas, las más reputadas y distinguidas, recopilan, extractan y reflejan el contenido de obras visigodas y mozárabes perdidas, según toda la verosimilitud, para siempre. Porque, á decir verdad, con ser nobilísimo y superior el empeño contraído por el puñado de valerosos españoles refugiados en Asturias, no puede recibirse, con todo, que en el espacio de pocos años, ni en un siglo, ni en dos, ni en tres, toda la cultura nacional se trasladase á aquel asilo de generosa independencia.

La modesta declaración, que brota bajo la pluma de Sebastián á los principios del siglo x, culpando á sus compatriotas de que desde los tiempos de San Isidoro ó á lo menos desde Juliano (690), nada había escrito de historia, puesto que muestre lamentable olvido, ignorancia y apartamiento del movimiento intelectual logrado por los cristianos del centro de la Península, no invalida el hecho, por otra parte, averiguado de que en Mérida, en Toledo, en Béjar, en Sevilla, en Córdoba, en Iliberri y aun en Málaga, permanecieron por algún tiempo tradiciones cultísimas, que no fueron olvidadas, ni perdidas quizá, hasta la persecución decretada por los almohades. Porque, sin contar la Crónica de Isidoro Pacense, utilizada por los cristianos independientes, acaso por primera vez, en los trabajos historiales de Rodrigo Toledano, es de todo punto cierto que de la existencia de historiadores, cuyas obras se han perdido, ministran frecuente testimonio las referencias y afirmaciones de los propios escritores árabes.

El minucioso Aben-Adhari, quien compila á Arib, cronista del siglo x, en lo general bien informado, escribe, que en los libros de los cristianos (agemíes), se leía que Rodrigo no era de casa

real sino ambicioso usurpador y uno de los tenientes del rey, que gobernaba en Córdoba (1), noticias y pormenores que faltan de todo punto en las crónicas latinas llegadas hasta nosotros. Pues, Ben-Alatsir, en su notable compilación intitulada *Libro completo de las historias*, con pretensión á serlo de carácter universal, incluye (2) una cronología de los Reyes Godos verdaderamente curiosa, la cual, si adolece de algunas lagunas y errores aumentados en las transcripciones de traductores y copistas, despierta sumo interés, así por elocuentes muestras de exactitud, como por no concertar de cerca con el texto de ninguno de los historiadores que nos son conocidos.

Según el relato de este historiador árabe, «los godos aparecieron por primera vez en los confines del imperio romano por la parte de Macedonia, reinando el emperador Claudio, quien los venció; después de lo cual, permanecieron en sus hogares hasta los tiempos de Constantino Magno, en los cuales renovaron sus algaras, sin que se volviese á oír hablar de ellos durante los tres reinados siguientes. Volvieron á aparecer, teniendo por jefe á Luderiq (Atanarico?), al cual sucedió Acraita (esto es, Afraita ó Fravita), de quien fué sucesor Amalarico; después de éste, obtuvo el mando Radagaiso quien emprendió una expedición contra Roma, habiendo sido puesto en fuga y muerto. Sucedióle Alarico, el cual empeñado en vengar á Radagaiso, y á sus compañeros, acampó sobre Roma, y habiéndola cercado la estrechó, hasta entrarla á viva fuerza, después de lo cual, reunió buques para pasar á Sicilia al objeto de saquearla... Luego obtuvo el reino Ataulfo, el cual salió de Italia, estableciéndose en la Galia, hacia la parte que confina con lo más remoto de España, y trasladándose después á Barcelona. Reinó en todo seis años. Tras él logró reinar un su hermano, durante tres años. Luego reinó Walia á quien sucedió Teodorico (Teodoredo), reinando treinta y tres años, y después, sucesivamente, los hijos de éste Turismundo, Luderiq, (Teodorico) que reinó trece y Eurico diez y siete. A éste sucedió Alarico, quien reinó en Tolosa veintitrés años; á Alarico, Gesa-

(1) Traducción castellana, pág. 7.

(2) Tomo iv, pág. 441.

leico, á este Amalic (Amalarico), que fué rey dos años (1); á Amalarico, Teudio con diez y nueve años y cinco meses de reinado. Teodotichelis (Teudiselo), reinó un año y tres meses; su sucesor Atsila (Agila), cinco años, y el que siguió á este en el reinado, es á saber, Atanagild (Atanagildo), quince años. Tras Atanagildo, reinó Liuva durante tres años, sucediéndole su hermano Leogüild (Leovigildo), que fué el primer rey de los godos que escogió por morada á Tolétula (Toledo) y residió en ella con el propósito de convertirla en centro de su reino, desde donde pudiese combatir á los que saliesen de su obediencia, alentado del propósito de reunir bajo ella toda España. Este monarca edificó cerca de Toledo á Recopel, ciudad que hermoseó y ensanchó después con jardines, y á la cual había dado el nombre de uno de sus hijos. Invadió el país de los vascones hasta reducirlo á obediencia, y habiendo pedido la mano de una hija del rey de Francia para su hijo Hermenegildo, los desposó y estableció en Sevilla; después, habiendo creído oportuno este príncipe rebelarse contra su padre, según lo llevó á efecto, Leogüild le sitió y estrechó por mucho tiempo, hasta que se apoderó de él, á viva fuerza, le tuvo en prisión donde terminó sus días. Reinó á la muerte de Leogüild su hijo Recared, varón de loable conducta, quien reunió los obispos y cambiando lo practicado por su padre, les entregó el gobierno de las ciudades. Los obispos, en aquella sazón, eran cerca de ochenta. Mostróse temeroso de Dios y casto, vestía el traje de los religiosos y fué el que hizo labrar la iglesia de Lozcat (San Torcuato), en frente de la ciudad de Guadix.

Sucedióle su hijo Liuva que siguió la misma conducta de su padre: contra él se sublevó un godo llamado Viterico, quien le dió muerte. Reinó el tal Viterico contra la voluntad de los españoles, y como fuese un abominable tirano, se alzó en rebeldía contra él un personaje de su corte y le dió muerte. Después obtuvo la corona Gundemaro, quien reinó dos años; luego Sisefut

(1) Aquí el texto, si no está alterado, ofrece evidente equivocación, pues aunque no se cuente el reinado de Gesaleico desde el año 567 en que murió su padre, hasta el año 581 que fué el de su muerte, supuesta interrupción durante el gobierno y tutela de Teodorico rey de Italia que duró hasta 526, no reinó Amalarico menos de cinco años.

(Sisebuto), durante nueve, éste dió ejemplo de buenas costumbres. Sucedióle su hijo Recaredo, que murió á los tres meses; luego Sintila, cuyo reinado fué de florecimiento para el ejército siendo él personalmente muy querido; luego Sisenando, que reinó cinco años; tras éste reinó Chintila seis años (1). Después reinó Jindos cuatro (2); luego tras éste Vambano ocho; sucediéndole Eruy, que reinó siete. Durante el reinado de este príncipe, hubo una sequedad espantosa, al punto de faltar poco para que se arruinase la tierra de España por causa del hambre (3). Reinó después de él Eúica (Egica), durante cinco años. Fué despótico y poco estimado. Sucedióle su hijo Gúetixa (Witiza), que comenzó á reinar el año setenta y siete de la hégira (696 de C.), y era varón probo, de carácter afable, el cual puso en libertad á los aprisionados en las cárceles de su padre, y devolvió los bienes á aquellos á quienes pertenecían. Al morir le sucedieron sus dos hijos, los cuales, no siendo del agrado de los españoles, éstos se pagaron de un hombre llamado Ruderig, el cual, con ser varón esforzado, no descendía de casa real.»

No es posible leer con alguna atención estos datos, reconocida la frecuente conformidad de sus noticias con las ofrecidas por textos clásicos y latino-visigodos, que nos son accesibles, así como la perfecta congruencia y buen término de verosimilitud que respaldade en pormenores, que sólo ellas puntualizan, sin abrigar la convicción de que proceden de libros perdidos al presente. Ni dejan de mostrar su *abolengo latino* las siguientes noticias que transcribe de antiguos escritores arábigos, el historiador Al-maccari: «Refiérese en algunas historias de Roma (Romiyya), que cuando obtuvo el poder soberano Juliux, el sobrenombrado Cesar, se dió á medir la tierra y á establecer en ella divisiones, partiendo al efecto de la ciudad de Roma hacia el Oriente y hacia el Poniente, hacia el Norte y hacia el Mediodía. Luego acometió la empresa de enlosar el pavimento de los caminos, como lo

(1) Hay omisión del reinado de Tulga, quien reinó poco más de un año.

(2) Error notorio, pues Chindasvinto reinó once años, sucediéndole Recesvinto.

(3) Ni la Crónica del obispo de Salamanca, ni la del Monje de Albelda mencionan esta sequía.

verificó hasta atravesar la tierra, dirigiéndolos por la de España, donde estableció su estación al Oriente de Córdoba en la puerta inclinada, llamada de Abdelgiabber. Dispuso que se dirigiesen desde la puerta del puente al Mediodía de Córdoba, por Secunda, Écija y Carmona, al mar. Mandó fijar, al poco tiempo, en el término de cada milla, una columna en que se hallaba esculpido su número á contar desde la ciudad de Roma; y es fama que tenía propósito de levantar edificios cubiertos en algunos lugares, para reparo de los viajeros contra el ardor del estío y los rigores del invierno; pero entendió que esto sería causa de perdición para la tierra y de alteración para los caminos, por dar motivo á que se aumentasen los ladrones y gente maleante, en los lugares remotos y apartados de centros de población (1).»

Todas estas noticias las recibieron los árabes españoles y las transmitieron con notoria imparcialidad, siendo por lo común este campo de la historia romana y de los anales visigóticos, un terreno neutral para sus aficiones y afectos. Movidos de admiración por la grandeza de los antiguos dominadores de la Península, describieron con minuciosidad las columnas y monumentos semafóricos de Cádiz y de la Coruña, los palacios de Mérida, el Circo de Sagunto, los Arcos de Cartagena adornados de pinturas, retratos de hombres y figuras de animales, el puente de Alcántara Aceif ó de la Espada, con sus ingeniosos resortes para avisar las inundaciones, el acueducto romano que surtía de aguas á Elo, una de las ciudades comprendidas en la capitulación de Abdalaziz, y el famoso obelisco del acueducto insigne de Almuñécar.

No omitieron, por tanto, el señalar algunas particularidades relativas al culto de nuestra iglesia, como la costumbre visigoda de someter á una ajustada contabilidad las rentas y legados de los templos para invertir periódicamente sus productos en la adquisición de alhajas, que sirviesen para dar esplendor á las solemnidades religiosas (2), la devoción al Apóstol Santiago, á cuyo sepulcro de Compostela, como también á Iria (Flavia), lugar de su

(1) Almacari, edición de Leiden, tomo 1, pág. 124.

(2) Almacari, edición de Leiden, tomo 1, pág. 176.

desembarco (1), venían en peregrinación durante el siglo x, cristianos del Egipto y de la Nubia, refiriendo su venida á España y la traslación posterior del cuerpo del Apóstol á la Península Ibérica, por sus discípulos, después de su muerte, en testimonio de haber llevado la predicación á tan apartados confines (2), no olvidando el mencionar las procesiones de rogativa usadas por los cristianos, como la verificada en Huete durante el asedio de los almohades para obtener de la Divina Providencia el beneficio de la lluvia (3), con otras prácticas que ofrecen especial colorido devoto, cual el erguir y fijar, con tal objeto, cierta columna milagrosa en una población del Poniente de España (4), llevada la sinceridad de los narradores musulmanes, hasta confirmar sobre

(1) Lo testifica Almacari, y más puntualmente el autor del *Bayan*, el cual al narrar la expedición de Almanzor á Galicia, durante el año 336 de la hégira (996 de J. C.), se expresa en estos términos:

ثم انتهبوا الى خالص ايليا وهو من مشاهد ياقوب ايضا صاحب
القبر تلمو مشهد قبره عند النصرارى فى الفضل يقصد نساكهم
له من اقاصى بلادهم ومن بلاد القبط والنوبة وغيرها

Luego llegaron al golfo de Iria, que es uno de los santuarios del mismo Santiago, de quien es el (renombrado) sepulcro. Aquel santuario sigue en importancia, en opinión de los cristianos al de dicho sepulcro, y á él se dirigen los devotos desde las tierras más remotas, es, á saber, desde el país de los Coptos, de la Nubia y de otros.

(2) Refiéreló así Aben-Adhari, c. edic. de Mr. Dory, t. II, pág. 317.

وياقوب بلسانهم يعقوب وكانت استقفا بيت المقدس فجعل يستقرى
الارضين داعيا لهم فيها فاجاز الى كلاندلس حتى انتهى الى
هذه القاصية ثم عاد الى ارض الشام فقتل بها ولد مائة وعشرون سنة
شمسية واحتمل اصحابه رمته فدفنوها بهذه الكنيسة التي كانت اقصى اثره

Yacob en su lengua es Yahcob, el cual era obispo en Jerusalem y comenzó á recorrer las tierras predicando á los moradores de ellas, pasando con tal motivo á España, donde llegó hasta este confín. Después volvió á tierra de Siria, y fué muerto allí, cuando tenia de edad ciento veinte años solares. Sus discípulos trasladaron su cuerpo y le dieron sepultura en esta iglesia, la más remota de las que recibieron su influencia.

(3) *Abdo-i-Wahid, The History of the almohades*, pág. 181.

(4) Almacari, ed. cit., tomo I, pág. 124.

el primero de los dos últimos particulares, y prevenir acerca del segundo que, según opinión general, se verificaba el prodigio (1).

Ni olvidaron algunos el recurrir á los romances ibéricos para explicar el sentido de ciertos nombres propios, autorizando de este modo su ortografía y pronunciación; así, por ejemplo, la de Aben-Merdenix y no Mardonix, que se escribe *ابن مُردُنِيش* en Abdelguahid, en Almacari, cuando fija la vocalización, y en todos los escritores bien informados, se halla explicada por Aben-Jalican, derivando dicha palabra de un vocablo latino de desprecio, á que se da significación poco decorosa.

Pero si ha cosechado, y no poco, la historia de la Edad Media española en narraciones tan interesantes como las de *El-Cartas* y de Abdelguahid, al objeto de ilustrar los reinados de Alfonso el Batallador, del emperador español Alfonso VII y de los monarcas de Castilla y de León, sus hijos brindan aún con notables enseñanzas para la historia de la Europa occidental, materiales inéditos y desconocidos.

En una importante crónica de los almohades de que se conserva no pequeña parte en la Biblioteca escurialense, bajo la forma de un atado de hojas sueltas, que hemos tenido la dicha de reconocer y ordenar, se testifica la presencia de guerreros franceses, al frente de considerables cuerpos de tropas al servicio de los almoravides (2), ofreciéndose además curiosísimas noticias sobre la fuga

(1) Probablemente se refieren tales indicaciones á la columna que según el P. Flórez, *España Sagrada*, tomo III, pág. 141, trajeron con el cuerpo de Santiago sus discípulos «sobre la cual, añade, degolló Herodes á Santiago (según se ha creído).» Dicha columna tenía una inscripción, que copiada, en el año 1605, á presencia del vicario del Monasterio de Monjas Benitas de San Pelayo, se leía de esta manera:

Cum Sancto Iacobo fuit haec adlata columna,
Araque scripta simul quae super est posita.
Cuius discipuli sacrarunt credimus ambas,
Ac ex his Aram constituere suam.

En tiempo de A. de Morales se hallaba colocada debajo del altar del Ara Sagrada, en que según tradición, los Apóstoles habían dicho misa, y fué traída á España también por los discípulos de Santiago.

(2) En la batalla de Teifasart dada por Taxufin á Abdelmumen, fatal á los almoravides, por haber sucumbido en ella un auxiliar suyo poderoso llamado Alberteir,

fuga de un caudillo cristiano al Miramamolín, Yusuf-ben-Abdelmumen, con el propósito de facilitar la conquista de buena parte de África por las armas portuguesas (1).

Donde aparece, en particular, menos calificada la parcialidad de los musulimes, en lo tocante á la historia de la España cristiana, es en los historiadores que florecen en los últimos tiempos de la dominación omeya, los cuales, disponiendo de cautidad importante de materiales acopiados bajo el reinado de Alhacam II, al acudir para escribir sus obras á fuentes ordinariamente latinas, no se libertaron en mucho del espíritu cristiano y nacional, que persiste y se descubre aún, á través del tejido sobrepuesto que disfraza las compilaciones.

Roberto ó Alberto, sólo se salvaron de su ejército seis, tres de los Beni-Onar y tres cristianos que fueron, á saber, Moisiac, Gastón y Beltrán.

El manuscrito escurialense lo refiere en estos términos:

وعليها مات لابرتيئر ولم يسلم من عسكره الا ستة
نفر ثلاثة من الروم وثلاثة من بنى وانار فاما
الذين من الروم مشويق وغثنئون وبطريان...

(1) El texto del manuscrito citado refiere de esta suerte el hecho:

واجاز النصراني المسيبي بحمدوا الى سراكش ثم صرفه واعطاه
السوس فارسل الكتيب من السوس الى الانبونية لابن الربيك
يعليه مكانه من السوس في ساحل البحر وقال لذ لعلك
تعلموا القطايع لتاخذنى ونجد معكم

Pasó un cristiano llamado Chardo (Gerardo ó Giraldo) á Marruecos, y el Califa le obsequió y dió el gobierno de el Sus; más el envió cartas á Lisboa al rey Abu Euriq, informándole de su cargo en el Sus, situado á la orilla del mar, y le dijo: Quizá halles camino para venirte conmigo, y de que yo emprenda algo serio con vosotros.

El haberse verificado este suceso el año 565 de la hégira (1169 de J. C.), tres después de la conquista de Évora, á que contribuyó tan eficazmente el célebre jefe de banda, Giraldo Sempavor, mueve á asociar, en algún modo, el nombre citado por la crónica árabe con el recuerdo de la personalidad de aquel aventurero insigne.

Considerado el interés de estas fuentes olvidadas de nuestra Historia, se acrece y exalta legítimo reconocimiento hacia los pocos españoles que, en la corriente deshecha acumulada por el Islamismo contra la fe y cultura de los pueblos de su raza, atendieron á conservar esmeradamente el respeto debido á la una y la otra, y lejos de confundir su personalidad científica y literaria con la de los infinitos ingenios que florecen en el mundo musulmán, esmaltan, purifican y encarecen, á ley de variedad preciadísima y generoso contraste, los esplendores de aquel siglo x, tan brillante para la cultura cordobesa, cuyo astro luce entonces, á maravilla, en Europa por coincidir el momento de su apogeo con la desventurada época, testigo del mayor abatimiento y postración para las ciencias y las letras en las regiones de Occidente.

Pocos años han transcurrido, desde que un ilustre catedrático de Leiden, arabista y conocido además por sus aficiones á la historia de la Península Ibérica, restituía á su legítimo autor el obispo de Elvira Recesmundo, un calendario, cuyo texto en antigua traducción latina, publicada por Libri, tiempo atrás, como apéndice á su preciada *Historia de las ciencias Matemáticas*, en Italia, dejaba mostrar sin rebozo notorio abolengo arábigo, así por hallarse el libro dedicado á un Alhacam, que por las señas sólo podía ser el segundo de este nombre en Córdoba, de quien según la epístola de Aben-Hazm conservada en Almacari, había dedicado un obispo nombrado en la lengua arábica Zeid, notables trabajos astronómicos, como por ofrecer el texto latino copiosos idiotismos y frases de sabor oriental muy pronunciado. Al presente y después de publicado el texto original por el erudito Mr. Dozy, es común el conocimiento de este libro, en especial en España, merced á los esfuerzos del profesor de Granada D. Francisco Javier Simonet, quien ha consagrado varios artículos en revistas y periódicos religiosos á quilatar las preciadas noticias, contenidas en el texto publicado por Libri é ilustrado por el catedrático de Leiden. Mas, con no ser para desestimados bajo ningún respecto los peregrinos datos que avaloran el citado calendario musulmán, entiendo que no debe concederse menos detenida consideración, á lo menos en nuestra Real Academia de la Historia, á otros textos históricos de escritores latinos y visigodos,

cuyos originales perdidos, quizá para siempre, sólo se pueden compensar en alguna manera con los fragmentos de traducciones copiadas por los historiadores arábigos.

Ante la poderosa cultura que se desarrollaba en la corte de los Califas, pudieron imaginar más de una vez ingenios españoles, por otra parte castizos, que los frutos de su laboriosidad se encontrarían mejor asegurados contra las vicisitudes del tiempo, en el elegante idioma de los Arrazíes y Aben-Habibes, que en las desaliñadas frases usadas por el continuador del Biclarense y por el Monje de Albelda. Pero, sea de esto lo que quiera, es indudable que no sólo la historia política, la civil, la artística, la científica y aun la económica, se ilustran con las peregrinas noticias de los escritores árabes, sino que también, y esto parecería menos creíble, de un modo señalado y especial, la religiosa y eclesiástica.

En corroboración de este aserto no sería difícil el amontonar citas que demuestran palmariamente la autoridad, con que se recibían y continuaban entre los españoles de la época de la invasión agarena, tradiciones sobre la venida de los primeros varones evangélicos á España, ni el comprobar con los mismos datos el culto tributado en toda la España musulmana, á los mártires cordobeses de la época de San Eulogio; puesto que aparezca como obra más llana y escampada el demostrar plenamente cómo los doctos trabajos de los escritores de nuestras antigüedades eclesiásticas, los Masdeu, los Merinos, los Canales y los Villanuevas, reciben confirmación, ampliaciones y aun refutación alguna vez de los textos y documentos arábigos.

Así sucede con relación á la Crónica de los Reyes Francos, incluída por Masudi en el capítulo xxxv de su obra las *Praderas de Oro*, y debida á Gotmaro II, obispo de Gerona, de quien no sabía ni siquiera sospechaba la Europa culta, aun después de las doctas investigaciones de Villanueva y de los PP. Merino y La Canal que fuese historiador, ignorándose completamente que mantuviese relaciones con el príncipe heredero del califato de Córdoba, y hasta el año en que subió al episcopado, á punto de negarse la autenticidad de la carta que le dirigió el pontífice León VIII, como á prelado gerundense antes de 940, por suponerse que aquel obispo no obtuvo dicha dignidad hasta fecha más adelantada.

Especies son estas sobre las cuales arroja luz vivísima el texto citado, cuya traducción presento á la Academia, según el publicado recientemente por Mr. Meynard, seguro de que aún no compartiendo en todo mi opinión sobre las mencionadas cuestiones, ha de apreciar la sinceridad y conveniencia con que propongo á su consideración autoridad tan inesperada, y reconocerá por lo menos que la existencia de tal memoria histórica es un hecho importante é interesantísimo.

Precede á la Crónica de Gotmaro en el escritor arábigo que la ha conservado hasta nuestros días, una advertencia que dice de esta suerte:

ووجدت في كتاب رفع اليّ بفسطاط مصر سنة ست وثلاثون وثلاثمائة
اهداه عرماز (1) لاسقف بيهينة جريدة من مدن الافرنجة في منة ثمان
وعشرين وثلاثماية الى الحكم بن عبد الرحيم بن محمد بن
عبد السد بن محمد بن عبد الرحيم ابن الحكم بن
هشام بن عبد الرحيم بن معوية بن هشام بن عبد الملك
بن مروان بن الحكم ولي عهد ابيه عبد الرحيم صاحب
الاندلس في هذا الوقت المخاطب في عايد باعير المؤمنين

«Hallábame en Fostat de Egipto el año 336 de la hégira (947 al 948 de J. C.), cuando fué á parar á mis manos un libro compuesto en 328 de la hégira (939 á 940 de J. C.) por Gozmar, obispo de Gerona, ciudad del país que los francos señorean. Está dedicado á Alhacam, hijo de Abderrahman, hijo de Abdal-lah, hijo de Muhammad, hijo de Abderrahman, hijo de Alhacam, hijo de Hixem, hijo de Abderrahman, hijo de Moâvia, ben Hixem, ben Abdelmelic, ben Meruan, ben Alhacam. Dicho Alhacam es en el día príncipe reconocido por heredero de su padre Abderrahman, señor del Andalucía, quien, merced á su ciencia, es el apellidado con el título de Miramamolín (príncipe de los Creyentes).»

Suficientes serían tales datos, aunque careciéramos del texto de

(1) Debe leerse *غرمار*.

la obra, para resolver con seguridad y perfecto acuerdo el punto de historia eclesiástica, á que antes nos referíamos, sobre manera dudoso hasta ahora, con haber sido no poco estudiado y singularmente controvertido, según los antecedentes que pasamos á exponer.

Al hablar nuestro erudito historiador Masdeu en el tomo xv de su *Historia crítica de España*, acerca de las decretales y bulas apócrifas, supuestas del siglo x, menciona entre ellas una contenida en la colección de Balucio, dirigida por el pontífice León VII á Gotmaro, obispo de Gerona, y á otros obispos católicos, hacia el año 938 de Jesucristo.

Contra semejante afirmación de Masdeu sostuvieron la autenticidad de la bula los PP. Merino y La Canal, quienes en el tomo XLIII de la *España Sagrada*, y protestando contra la supuesta invención de ella á favor de intereses monacales, según había sugerido Masdeu, reprodujeron el aserto de Mabillón, en cuanto á que no podía ser más moderna que del año 939 al 40, época en que murió el papa León VII, con inclinarse á creer que debió escribirse conforme á la opinión del expresado paleógrafo francés en 938, en cuyo año debía ser ya obispo Gotmaro II. Posteriormente el presbítero D. Jaime Villanueva, en su *Viaje literario á las iglesias de España*, tomo XIII, páginas 52 y 53, ha pretendido que la mencionada bula ha de tenerse por auténtica; pero de época posterior al año 949, imaginando que ha debido escribirse de los años 949 al 956; fechas entre las cuales debe colocarse, en su sentir, el episcopado de Gotmaro II, y no en los años 938 y 939, por conjeturar que, á tal sazón, ocupaba aún la Sede de Gerona el prelado Wigo. Demuestra cumplidamente lo infundado de tal suposición el texto reproducido arriba, por cuyas frases se puntualiza al presente, sin ningún género de duda, que, si la Crónica fué compuesta por un obispo de Gerona llamado Gotmaro en el año 839 de J. C., no siendo posible que este obispo fuese Gotmaro I, ni Gotmaro III, los cuales florecen en épocas muy distintas y relativamente remotas, el obispo historiador hubo de ser Gotmaro II, el cual tenía en dicho año la dignidad episcopal gerundense, con que era conocido generalmente el autor de la Crónica.

Por lo que toca al texto de ésta, se halla concebido en tales términos:

ان اول ماسوك الافرنجة قاصودية وكان مجوسيا
 فنصرتند امراوند وكان امهيا غوطلمة ثم ملك بعده ابنه
 لدريق ثم ولي بعد لدريق ابنه دقشرت ثم ولي بعده
 ابنه لسبريق ثم ولي بعده قوطان اخوه ثم ولي بعده ابنه
 قارله ثم ولي بعده ابنه (1) ببيين ثم ولي بعده ابنه قارله وكان
 ولايته ستا وعشرين سنة وكان في ايام الحكم
 صاحب لاندلس وتدافع اولاده بعده ووقع الاختلاف بينهم حتى
 ثانت الافرنجة بسبهم وصار لدويق (2) ابن قارله صاحب ملكهم فهلك
 ثانيا وعشرين سنة وست اشهر وهو الذي اقبل الى طرطوشة فحاصرها
 ثم ملك بعده قارله ابن لدويق وهو الذي كان يهادى محمد بن عبد
 الرحمن بن الحكم بن هشام بن عبد الرحمن بن معاوية بن هشام بن
 عبد الملك بن مروان وكان محمد يخاطب بالامام وكانت وليته
 تسعا وثلاثين سنة وست اشهر ثم ولي بعده ابنه لدويق ست
 اعوام ثم قام عليه قائد الافرنجة يسمى نوسه (هوسه?) فهلك الافرنجة واقام
 في ملكهم ثمانى سنين وهو الذى صالح المجوس عن بلادهم سبع
 سنين بستمهاية رطل من الذهب وستمهاية رطل من الفضة
 يوديبا صاحب الافرنجة اليهم ثم ولي بعده قارله بن تقويره اربع سنين
 ثم ولي بعده قارله اخر فهلك احدى وثلاثين سنة وثلاث اشهر
 ثم ولي بعده لدويق بن قارله وهو ملك الافرنجة الى هذ الوقت
 وهو سنة ست وثلاثين وثلاثهاية وقد استوفى في مملكته عشر
 سنين الى هذ التاريخ على حسب ما نهى الينا من خبره

(1) El texto dice تسنين con errata manifiesta, y antes لدريق por لسبريق
 Liberio ó Hilgérico.

(2) Al transcribir esta palabra los textos árabes muestran alterada la letra *g* *guau* en
 re, corrupción fácil dada la semejanza de los trazos de estas letras en los manuscritos.

«Fué el primero de los reyes de Francia Clodio, quien profesando la religión de los ídolos, le movió á abrazar la fe cristiana su esposa llamada Gortile (Clotilde). Sucedióle en el trono su hijo Luderig (Teodoric?) y después de éste obtuvo la corona su hijo Decoxert, (Teodobert?). Á Decoxert sucedió... su hijo Liberig y después Cortan (Gontran) hermano de éste... Luego subió al trono un hijo de éste (*sic*) llamado Carlo, á quien sucedió su hijo Pipino. Después de Pipino subió al trono su hijo Carlo, que reinó veintiseis años, y obtuvo el mando en los días de Alhacam, señor del Andalucía. A la muerte de Carlo se hicieron la guerra sus hijos, originándose discordias, hasta el punto de aniquilarse la Francia por causa de dichos príncipes.

Al fin señoreó lo de los demás Ludhwiq, hijo de Carlo (Ludovico Pío), el cual reinó veintiocho años y seis meses. Fué el rey franco que, adelantándose hacia Tortosa la puso cerco. Sucedióle Carlo, hijo de Ludhwiq (Carlos el Calvo), el mismo que envió regalos á Muhammad hijo de Abderrahman, hijo de Alhacam, hijo de Hixem, hijo de Abderraman, hijo de Moavia, hijo de Hixem, hijo de Abdelmelic, hijo de Meruan, es á saber, el Muhammad que se daba el título de Imam (Muhammad I de Córdoba). Reinó este Carlo treinta y nueve años y seis meses, dejando el trono á su hijo Ludhwiq (Luis el Tartámudo), quien le ocupó seis años. Después, habiéndose sublevado un alcaide de los francos llamado Nuxo (Eudo? Arnulfo?) que reinó sobre ellos ocho años. Este fué el que ajustó con los magos (normandos), la evacuación del territorio por siete años, al precio de seiscientos arretles (libras arábigas) de oro é igual cantidad de plata, que debía entregarle el monarca franco. Después ocupó el trono Carlo, hijo de Tecuira (Carlos el Gordo de Suavia) durante cuatro años. Luego otro Carlo (Carlos el Simple) cuyo reinado ha sido de treinta y un años y tres meses. En fin, le ha sucedido Ludhwiq ben Carlo (Luis de Ultramar), príncipe que reina ahora.»

No es mi propósito encomiar el mérito de la relación precedente cuyo texto, en verdad, aventaja muy poco á las sucintas relaciones de los cronicones más descarnados, ni pretendo defender las graves inexactitudes y lagunas de que, por punto general, ado-

lece. Justificación de alguna de ellas pudiera ser la ignorancia de los copistas, al reproducir un texto, cuya materia no les era en manera alguna familiar, con explicarse, tal vez, aparentes equivocaciones genealógicas, ora por la sustitución del abolengo materno al paterno, según costumbre de los árabes, ora por la frecuente confusión de la personalidad de los verdaderos monarcas entre la turba de pretendientes, que se disputan la soberanía, durante los siglos ix y x en el Mediodía de Europa. Para todo ofrecería reparo un cumplido estudio de las noticias que se pueden adquirir sobre Gotmaro y acerca de los reyes de Francia, en la época á que se refiere: tarea para la cual no faltarán, dentro ni fuera de la Academia, doctas y bien aparejadas plumas. En tanto que esto se verifica, esperando que se ofrecerá camino de rastrear los orígenes análogos ó muy diversos de las fuentes, en que bebieron Aben-Hayyan y Aben-Jaldon sus narraciones acerca de la Historia de los reyes cristianos de la Península Ibérica, quede para mí el buen deseo de ampliar las breves noticias suministradas por Mr. Reynaud (1) y por V. Schack (2), sobre la existencia de tan peregrino documento histórico, siendo el primero en restituir á la Historia y Literatura patria una crónica, escrita por un Obispo español en el siglo x.

FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

17 de Enero de 1879.

(1) *Histoire des Invasions*, pág. 15. Este autor adelanta la especie de que Gotmaro llegó con una diputación á Córdoba, durante el reinado de Abderrahman III, pero la vaguedad con que habla de la crónica, como si no la hubiera leído, deja entender claramente que sólo había parado la consideración en la advertencia ó preámbulo que la precede en el texto de Masudi.

(2) *Geschichte der Poesie und Kunts der Araber*, tomo II, pág. 91.